Enrique V. Iglesias y sus padres, Manuel Iglesias e Isabel García, en el almacén del barrio Reducto, 1934, provenientes de Arancedo, Concejo de El Franco, Principado de Asturias.

1

UNA REVISIÓN DEL PENSAMIENTO ECONÓMICO LATINOAMERICANO Y LOS APORTES DE ENRIQUE V. IGLESIAS

ANDRÉS LÓPEZ
CECILIA ALEMANY

1. UNA REVISIÓN DEL PENSAMIENTO ECONÓMICO LATINOAMERICANO Y LOS APORTES DE ENRIQUE V. IGLESIAS

Andrés López (Red Mercosur/CENIT, Argentina)
y Cecilia Alemany[1] (Red Mercosur/UNOPS)

1. PRESENTACIÓN

Hace trece años que la Red Mercosur de Investigaciones Económicas (Red Mercosur) viene desarrollando investigación de calidad en temas económicos de interés regional, con equipos conformados por investigadores de distintos países del Mercosur y de América Latina. Compuesta por trece instituciones miembros, Red Mercosur tiene como objetivo generar conocimiento sobre los principales temas de desarrollo económico y social de América Latina que sean relevantes para la generación e influencia en las políticas públicas.

Red Mercosur ha trabajado con diferentes organismos regionales, internacionales, instituciones gubernamentales y actores de la sociedad civil y la academia. En el caso particular de Enrique V. Iglesias, en el año 2001 colaboró con la realización del prólogo del libro «El desafío de integrarse para crecer: Balance y perspectivas del Mercosur en su primera década» que se publicó con motivo de los diez años del Mercosur y que ha sido una de las publicaciones de referencia de los balances de la integración regional de Red Mercosur. Aquel esfuerzo fue posible gracias a la visión de Enrique V. Iglesias sobre el valor de esa reflexión colectiva, a la participación de más de treinta investigadores, y al aporte de varios organismos entre los que se destacan el Banco Interamericano de Desarrollo (BID) y el Centro Internacional de Investigaciones para el Desarrollo (IDRC-CIID, Canadá).

1 Su participación en esta obra es a título personal como miembro de Red Mercosur y no representa a UNOPS.

En este libro, Red Mercosur asumió el compromiso colectivo de embarcarse en el ejercicio de mirar hacia atrás y recorrer parte de la trayectoria institucional de Enrique, haciendo así un modesto aporte a los diferentes esfuerzos que ya existen de seguirle los pasos a una de las personas más influyentes de la agenda del desarrollo de los últimos tiempos. Como fue señalado en el prólogo a cargo de Fernando Lorenzo, esta tarea no es fácil ni podrá abarcar todas las facetas de Iglesias que delinea en la introducción Danilo Astori.

Enrique V. Iglesias ha sido ampliamente reconocido por diversas instituciones, gobiernos, universidades alrededor del mundo, por lo que este homenaje es una pieza más para esa serie de reconocimientos, premios y análisis que pretenden rendir tributo a su larga trayectoria, su ética y su manera de hacer las cosas.

UNA LARGA (E INCOMPLETA) LISTA DE RECONOCIMIENTOS Y CONDECORACIONES

Los reconocimientos que ha recibido y seguirá recibiendo Iglesias son tantos que esta lista, que de por sí es larga, está sin lugar a dudas incompleta.

Iglesias ha recibido numerosas distinciones y reconocimientos internacionales, entre ellos el Premio Príncipe de Asturias y la Gran Cruz de Isabel la Católica, la insignia de Gran Oficial de la Legión de Honor concedida por el gobierno francés, así como las más altas condecoraciones de los países latinoamericanos.

Iglesias es doctor honoris causa de las universidades de Liverpool (1987), Carlton, Ottawa (1991), Autónoma de Guadalajara, México (1994), «Cándido Méndes» de Río de Janeiro (1994), South Eastern Louisiana University, Estados Unidos (2000), Universidad de La Coruña, España (2000), Universidad Nacional Mayor de San Marcos en Lima, Perú (2001), Universidad de Oviedo, Principado de Asturias, España (2002), Universidad de las Américas, México (2002), de la Pontificia Universidad Católica Madre y Maestra de Santiago, República Dominicana (2004), de la Universidad de Las Palmas de Gran Canaria (2006), de la Universidad de Salamanca (2006), de la Universidad Europea de Madrid y la Universidad Andrés Bello de Santiago de Chile (2008), de la Universidad Autónoma de Chiapas (2009), y de la Universidad San Ignacio de Loyola de Lima (2010).

En 2003, el Secretario General de la ONU, Kofi Annan, nombró a Enrique V. Iglesias miembro de la Comisión de Alto Nivel para evaluar las amenazas a la paz y a la seguridad mundial, así como la reforma de la ONU. En 2005, Annan volvió a contar con Iglesias como experto mundial para el Grupo de Alto Nivel de la Alianza de Civilizaciones, una iniciativa del Presidente del Gobierno español, José Luis Rodríguez Zapatero y del Primer Ministro de Turquía, Racip Eyep Erdogan.

Fuente: Adaptado de SEGIB (2012), disponible en: http://segib.org/secretario-es/

José María Puppo señaló en una entrevista realizada en el marco de este homenaje que Iglesias es un creador de consensos, y que al pasar por las instituciones las fortalece, les da una dimensión externa que no tenían antes. La selección de los capítulos de esta obra se detiene en aquellas instituciones por las que pasó Iglesias y en las que su influencia fue tal hacia adentro y hacia afuera de las mismas que han tenido implicancias que superan las fronteras institucionales o nacionales.

La vocación regional de Red Mercosur ha llevado a que buena parte del énfasis del análisis de esta obra se centre en la dimensión regional y que los capítulos que aquí se presentan tengan un fuerte sesgo socioeconómico. Otros homenajes del mismo porte podrían analizar cómo Enrique Iglesias ha promovido la participación de actores clave en negociaciones de todo tipo, o cómo ha promovido incansablemente la participación de la sociedad civil generando cambios culturales en este sentido.

Coincidimos con José María Fanelli, que señala en el Capítulo 2 que explorar la obra y el pensamiento de Iglesias es fascinante no sólo por el valor de sus reflexiones sino porque existen muy pocos hombres comprometidos con la ingeniería del desarrollo que han observado a América Latina desde lugares tan diversos y desempeñando funciones tan variadas. La lista de capítulos, contribuciones de Iglesias a obras es interminable por lo que el trabajo de reconstrucción de su discurso y su práctica es una tarea que sigue pendiente y a la que seguramente él seguirá desafiando con nuevas ideas, y nuevas odiseas.

BREVE NOTA BIBLIOGRÁFICA DE ENRIQUE IGLESIAS

Iglesias nació en Asturias, España, y es ciudadano naturalizado uruguayo. Se graduó en Economía y Administración en la Universidad de la República de Uruguay en 1953 e hizo estudios superiores de especialización en Estados Unidos y Francia.

Inició su carrera en 1954 en el sector privado como Director de la Unión de Bancos del Uruguay. En el campo académico fue profesor de Desarrollo Económico y Director del Instituto de Economía de la Universidad de la República de Uruguay. Fue miembro del Directorio del Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO), y participó en diferentes cursos de la CEPAL, de la Asociación Latinoamericana de Integración (ALADI), y del Instituto Latinoamericano y del Caribe de Planificación Económica y Social (ILPES) de Naciones Unidas, a cuyo Directorio perteneció desde 1965 y del cual fue presidente entre 1967 y 1972.

Entre 1966 y 1968 fue presidente del Banco Central de Uruguay y con la salida a la democracia en Uruguay fue ministro de Relaciones Exteriores (1985-1988). Fue secretario ejecutivo de la Comisión Económica para América Latina y el Caribe de

las Naciones Unidas (CEPAL), de 1972 a 1985; secretario general de la Conferencia de las Naciones Unidas sobre Fuentes de Energía Nuevas y Renovables que tuvo lugar en Nairobi, Kenia, en 1981, y presidente de la Reunión Ministerial que diera inicio a la Ronda Uruguay del Acuerdo General sobre Aranceles y Comercio (GATT), en Punta del Este, Uruguay, en 1986.

Desde el 1º de octubre de 2005 al presente se desempeña como Secretario General Iberoamericano (SEGIB) y ha creado la Fundación Astur, sobre la que se presenta más información en un recuadro junto al epílogo de este libro.

Fuente: Elaboración propia, parte del texto adaptado de SEGIB (2012), disponible en: http://segib.org/secretario-es/

2. BREVE REVISIÓN DEL PENSAMIENTO ECONÓMICO LATINOAMERICANO DESDE LA POSGUERRA

En el contexto de la segunda posguerra, en los países de América Latina, al igual que en buena parte del mundo en desarrollo, se plantearon intensos debates en torno a cuál era el camino más eficaz para disparar un proceso de crecimiento sostenido. Una vez agotado el modelo agro-exportador, emergió un cierto consenso en torno a la idea de que el desarrollo económico equivalía a lograr el progreso de la industrialización, en particular aquella ligada a las ramas «pesadas» y a las más avanzadas desde el punto de vista tecnológico.

Desde el punto de vista teórico, se argumentaba la existencia de rendimientos crecientes a escala y externalidades en el sector industrial, el cual, sin embargo, no lograba progresar en los países en desarrollo debido a la presencia de indivisibilidades, complementariedades y fallas de coordinación (de ahí la necesidad de un «*Big Push*» a la Rosenstein Rodan). Hirschman, a su vez, abogaba por apoyar actividades industriales que generaran gran cantidad de encadenamientos, partiendo de la base de que el sector primario (y en particular el de subsistencia o tradicional) generaba muy pocas vinculaciones con otras ramas de la economía. Esta tesis implica una estrategia de «elección de ganadores» mediante una política industrial activa (Singer, 1997). El sector agropecuario, en tanto, era visto por muchos autores (por ej., Lewis) como de baja productividad y con excedentes de mano de obra (desempleo encubierto), lo cual, en realidad, podía facilitar la industrialización si se lograba trasladar ese excedente poblacional hacia las ciudades y convertirlo en mano de obra industrial (ver Oman y Wignaraja, 1991).

Por otra parte, el aparente éxito de la economía soviética contribuyó a consolidar la idea de que la acumulación de capital físico era la clave para el desarrollo

y enfatizó la necesidad de la planificación del estado como la forma de alcanzar la movilización de recursos necesaria para alcanzar los objetivos de inversión. La experiencia de la Segunda Guerra Mundial en países como el Reino Unido y otros europeos influenció la formación de las primeras concepciones sobre el rol de la planificación indicativa para coordinar las grandes inversiones, en su mayoría públicas, que se requerían para conseguir el «Big Push» en los países en desarrollo.

El poder de estas ideas fue tan intenso que incluso las instituciones financieras multilaterales, como el Banco Mundial, compartían y apoyaban tanto el mensaje de que el crecimiento se basaba fundamentalmente en la acumulación de capital físico, como las ideas acerca del rol preponderante del Estado en la conducción y planificación del proceso de desarrollo (ver Easterly, 2001).

Casi contemporáneamente, se produjo la aparición de la llamada escuela estructuralista, que hacía hincapié en el hecho de que los países en desarrollo tenían problemas estructurales específicos que no eran contemplados adecuadamente por las teorías económicas convencionales. Raúl Prebisch jugó un rol crucial en el nacimiento de este enfoque, que tuvo gran influencia en América Latina en la etapa en la cual la región profundizaba el proceso de industrialización sustitutiva de importaciones (ISI).

El estructuralismo latinoamericano asumía que el progreso tecnológico en el sector industrial era mayor que en el sector primario, lo cual, junto con la tendencia al deterioro de los términos de intercambio, resultaba en menores tasas de crecimiento en la periferia que en el centro. En este marco, la industrialización y la diversificación productiva eran vistas como el único camino para superar el dualismo o la heterogeneidad estructural de la periferia.

Aunque la propia ISI había comenzado espontáneamente luego de la crisis de los treinta en muchos países en desarrollo, provocada por la escasez de divisas extranjeras y las restricciones al comercio, el estructuralismo abogaba por la necesidad de una programación industrial como forma de alcanzar los objetivos del desarrollo (Oman y Wiganaraja, 1991).

En este contexto, no sorprende encontrar que entre 1961 y 1963, 13 países de la región (tras la firma de la Carta de Punta del Este y la creación de la Alianza para el Progreso) crearon ministerios, consejos u otro tipo de organismos orientados a desarrollar tareas de planificación (García D'Acuña, 1982). La creación de la Comisión de Inversiones y Desarrollo Económico (CIDE) en Uruguay, de la cual Enrique Iglesias fue Secretario Técnico, forma parte de este «clima de época», tal como es bien reflejado en el capítulo 3 de esta obra.

En tanto, la CEPAL se constituyó en la principal usina del pensamiento estructuralista en la región, bajo el impulso pionero de Raúl Prebisch (quien fue su segundo Secretario Ejecutivo), luego continuado por sus sucesores, entre los cuales

Enrique Iglesias tuvo el mandato más largo, ya que ejerció ese cargo entre 1972 y 1985, en circunstancias más bien hostiles, tanto en el plano económico (con la crisis de la deuda iniciada en 1982) como político (en un escenario de predominio de gobiernos dictatoriales en la mayor parte de la región). En el capítulo 5 de este libro se relata la evolución del pensamiento cepalino y su vinculación con el proceso de desarrollo en la región latinoamericana.

Aun durante su «auge», la estrategia de la ISI había atraído críticas desde enfoques económicos «ortodoxos», pero fue a finales de los sesenta y principios de los setenta cuando esos cuestionamientos empezaron a atraer más atención. Entre las críticas principales aparecía el hecho de que las políticas sustitutivas habían generado una distorsión de los patrones de especialización en la región, en detrimento de una asignación eficiente de recursos, a la vez que habían dado lugar a fuertes sesgos anti-exportadores debido a la existencia de altos niveles de protección efectiva para la producción local (Little *et al*, 1970; Balassa, 1971). Así, pronto se difundió el contraste entre la estrategia ISI, orientada hacia adentro, con los procesos de crecimiento impulsados por las exportaciones que, según la visión de los pensadores neoclásicos, se habían estado desarrollando en Asia, dando paso a trayectorias de crecimiento más estables y dinámicas en relación a aquéllas que estaban teniendo lugar en los países de América Latina (Balassa, 1982).

En paralelo, se planteaba también un cuestionamiento al rol del Estado en el proceso de desarrollo. Así, autores como Krueger (1990) criticaban el supuesto de la existencia de «gobiernos benevolentes», y afirmaban que «fallas del gobierno» en muchas oportunidades superaban a las fallas del mercado (Krueger, 1990). Así, la propia idea de la planificación era vista ya no como un instrumento crucial para alcanzar las metas del desarrollo, sino como un proceso abierto a toda clase de ineficiencias y proclive a generar nichos de renta asociados a la corrupción y al lobby, más que al desarrollo de industrias competitivas y dinámicas.

Pero las críticas a la ISI y al consenso desarrollista de posguerra no provenían únicamente de este frente. Muchos pensadores veían con preocupación el hecho de que en paralelo con las altas tasas de crecimiento alcanzadas en la mayor parte de América Latina en estos años, se había producido un evidente aumento en los niveles de desigualdad en la distribución del ingreso y una ampliación del dualismo estructural (Fishlow, 1972). Más en general, comenzó a emerger con claridad el hecho de que más de una década de crecimiento rápido en los países en desarrollo había generado frutos para apenas un tercio de su población (Chenery *et al*, 1974).

En este escenario, Seers (1969) y Myrdal (1972) fueron de los primeros en cuestionar la idea de que el desarrollo equivalía al crecimiento del PIB y llamaron a una acción urgente en temas de pobreza, desigualdad y empleo. Estas ideas dieron luego paso a los estudios sobre necesidades básicas (Streeten *et al*, 1981) y más

tarde a la literatura sobre derechos y capacidades de las personas y grupos más desfavorecidos en la sociedad. Estos estudios contribuyeron a enfatizar una idea clave: el crecimiento económico era un componente más, aunque crucial, del proceso de desarrollo, en paralelo a otros objetivos clave como la esperanza de vida, la reducción de la pobreza, el alfabetismo, la educación, la salud y las libertades civiles y políticas (Sen, 1983; 1999).

Finalmente, los problemas ambientales, que habían sido ignorados hasta el momento por los teóricos del desarrollo, comenzaron a ser resaltados por el famoso reporte «*Limits to Growth*» del Club de Roma, que afirmaba que la expansión industrial amenazaba con agotar los recursos naturales y causar niveles de contaminación insostenibles, que finalmente llevarían a catástrofes sociales y económicas (ver Oman y Wignaraja, 1991).

La incorporación de la temática medioambiental a la agenda del desarrollo se vio progresivamente reflejada en el surgimiento de distintos tipos de organismos, foros y debates en todas partes del mundo, cuya relevancia ha venido creciendo de manera sistemática hasta el presente (aunque lamentablemente no siempre hayan conseguido de manera cabal sus propósitos). Naturalmente, una de las áreas cruciales en esta temática es la energética, ya que la utilización de combustibles fósiles es una de las principales fuentes de emisiones de CO_2, las cuales son a su vez responsables principales del cambio climático. La celebración de la Conferencia de Nairobi de las Naciones Unidas sobre Fuentes de Energía Nuevas y Renovables en 1981, de la cual Enrique Iglesias fue Secretario General, marcó un hito en el reconocimiento internacional del rol clave de dicho tipo de energías para la sustentabilidad del proceso de desarrollo económico y social del planeta (el capítulo 8 de esta obra analiza la evolución y perspectivas en el uso de energías renovables a escala global).

A nivel global, el consenso desarrollista de posguerra se hundió bajo el peso de diferentes eventos, incluyendo, entre otros, el fuerte aumento de la inflación en los países desarrollados y la aparición del fenómeno de la *stagflation*, que pusieron en cuestión la aproximación keynesiana a las políticas macroeconómicas y el evidente declive de la economía soviética, que erosionó la fe en la planificación estatal.

En tanto, diferentes problemas erosionaron la sostenibilidad del modelo ISI en varios países, incluyendo la inestabilidad institucional, las fuertes distorsiones de precios y las dificultades para obtener altos niveles de competitividad en muchos sectores industriales protegidos. Pero quizás el problema más serio que enfrentó la ISI en el plano macroeconómico fue el del control de la inflación, objetivo que a menudo se pensaba como contradictorio con el objetivo de fomentar el crecimiento acelerado de los países de la región. La creación del Banco Central del Uruguay en 1967, cuyo primer Presidente fue Enrique Iglesias, fue reflejo de la necesidad de conciliar ambas metas, tal como se analiza en el capítulo 4 de este libro.

La desaparición de la era keynesiana, el colapso de las economías soviéticas y los crecientes problemas del modelo ISI allanaron el camino para la resurrección de las ideas ortodoxas en materia de desarrollo económico, que más tarde convergerían en lo que fue llamado el «Consenso de Washington» (WC).

En este escenario se produjo a comienzos de los ochenta la crisis de la deuda en los países de América Latina, que daría lugar a la «década perdida» y abriría el espacio para la introducción de profundas reformas estructurales en buena parte de la región -aunque dichas reformas ya habían sido introducidas previamente bajo gobiernos militares en países como Chile, desde 1973, y Argentina, entre 1976 y 1981-.

Durante la década perdida de los ochenta el crecimiento fue nulo en la mayoría de los países de América Latina, la inflación se disparó y las monedas domésticas se depreciaron violentamente en un contexto donde el financiamiento externo estaba racionado y la dificultad para atender los servicios de la deuda llevaban a permanentes negociaciones con las organizaciones financieras internacionales y los deudores privados. En estas condiciones críticas las preocupaciones en temas de desigualdad, pobreza, educación y salud permanecieron en la periferia de las agendas de políticas. Sin embargo, al mismo tiempo, los gobiernos democráticos remplazaron a las dictaduras militares en Perú, Bolivia, Ecuador, Argentina, Uruguay, Brasil y finalmente Chile en la misma década. Estas democracias emergentes tuvieron que desarrollar un complejo proceso de aprendizaje institucional mientras lidiaban con sociedades civiles muy demandantes (luego de varios años de falta de libertad bajo dictaduras militares) en un escenario económico muy difícil.

En este escenario se van consolidando las ideas principales del llamado Consenso de Washington. Dichas ideas se dirigían no sólo a alcanzar la estabilización de precios en los países con alta inflación, sino también a promover profundas reformas estructurales tales como la apertura comercial, la liberalización de la cuenta de capital del balance de pagos, las privatizaciones, la desregulación de mercados y modificaciones sustantivas de las políticas tributarias y financieras. El Consenso de Washington, por lo tanto, no incluía solamente objetivos macroeconómicos (baja inflación y alto crecimiento), sino también objetivos microeconómicos (empresas y sectores productivos más competitivos y eficientes).

A pesar de la aparente universalidad de la diez famosas recomendaciones del WC (ver Williamson, 1990, 1997) las condiciones iniciales, los instrumentos de políticas realmente utilizados, el ritmo, la secuencia y los resultados de las reformas variaron en cada país (Fanelli y Mc Mahon, 2006).

Las reformas en América Latina fueron generalmente exitosas en reducir la inflación y restaurar el crecimiento, aunque a tasas relativamente bajas, luego de la «década perdida». Estos resultados se dieron en un escenario de amplia disponibilidad de recursos financieros a nivel internacional, que en parte se dirigieron a

los llamados «mercados emergentes», favoreciendo la aplicación de lo que eran las entonces llamadas reformas de «primera generación».

Estas reformas se dirigieron principalmente a desmantelar el régimen regulatorio previo, introduciendo nuevas reglas macroeconómicas y reduciendo el papel del Estado en la vida económica, e incluyeron las iniciativas previamente mencionadas en línea con las ideas del Consenso de Washington. Aunque las reformas naturalmente fueron llevadas adelante por autoridades locales, fueron fuertemente apoyadas por el Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional (FMI), quienes también ayudaron en su diseño en muchos de los casos, y por el *establishment* financiero internacional (Naim, 1994).

El Banco Interamericano de Desarrollo (BID) también tuvo un rol activo en este proceso. Enrique Iglesias fue su presidente durante toda esta etapa y estuvo también al mando de la institución en la fase de caída en desgracia de las ideas asociadas al Consenso de Washington (su presidencia se extendió desde 1988 a 2005). Tal como se observa en el capítulo 6 de este trabajo, el comienzo de la presidencia de Iglesias coincidió con la crisis de un paradigma de desarrollo que se consideraba obsoleto (el de la ISI), y la necesidad de hallar nuevos caminos para el desarrollo en el marco de economías abiertas y con mayor presencia del mercado. En este contexto, el papel de Iglesias, y del BID, tuvo rasgos distintivos, en particular por sus preocupaciones por la inclusión, la integración regional, la defensa de la democracia y del rol del Estado y la política, y la necesidad de esfuerzos especiales para promover el desarrollo de los países menos avanzados de la región (en el capítulo 7 del presente libro se analizan en detalle estas cuestiones).

Como parte clave del proceso de reformas los países de la región no sólo avanzaron en procesos de liberalización unilateral, sino que participaron activamente de las negociaciones internacionales en la materia. Un hito clave en este sentido fue el lanzamiento de la llamada Ronda Uruguay del GATT (ocurrido en Punta del Este en 1986, en una reunión celebrada bajo la Presidencia de Enrique Iglesias, quien en aquel momento era Ministro de Relaciones Exteriores de Uruguay). Esa Ronda dio origen a la actual Organización Mundial del Comercio (OMC) y a la mayoría de los acuerdos vigentes en su seno (el capítulo 6 de este libro analiza la experiencia y el legado de la Ronda Uruguay).

Paralelamente, se produjeron avances significativos en los procesos de integración regional, incluyendo la creación del Mercosur y la revitalización de la Comunidad Andina y del Mercado Común Centroamericano.

La reducción de la inflación y una mayor disciplina fiscal en varios países fueron sin duda el mayor logro de las reformas de la primera generación. Sin embargo, el impacto de dichas reformas sobre el crecimiento económico no fue tan alto como esperaban los reformadores originalmente (Loayza *et al*, 2005; Forteza & Tommasi,

2005). Más aun, crisis sistémicas profundas ocurrieron en algunos países luego de la implementación de las reformas, como en el caso de México en 1994.

La crisis de Argentina de 2001-2002 fue el más profundo de estos episodios y tuvo lugar en un contexto donde ya había una mirada crítica a las recomendaciones originales del Consenso de Washington, así como a la administración que había tenido el FMI de las crisis anteriores. A su vez, la gravedad de la crisis argentina reforzó esas críticas. En cualquier caso, la experiencia de América Latina después de las reformas muestra que la estabilidad macroeconómica fue un objetivo mucho más difícil de lograr que lo que había previsto el Consenso de Washington (Ocampo, 2004).

Al mismo tiempo, si bien no hay acuerdo en la literatura acerca del impacto de las reformas sobre la desigualdad (Morley, 2000; Stalling y Peres, 2000; World Bank, 2000; ver un resumen en Forteza y Tommasi, 2005), en todo caso es claro que en los años noventa los problemas distributivos y de pobreza que han caracterizado a la región no se resolvieron y en algunos casos (por ej. Argentina) se agravaron sustancialmente.

Las reformas contribuyeron al crecimiento de las exportaciones, pero fueron claramente menos exitosas en el fomento del crecimiento de la inversión y de la productividad. Las tasas de inversión en los noventa nunca recuperaron los niveles de los años setenta. A su vez, la productividad total de factores promedio en los diez países latinoamericanos más grandes creció sólo 0,2% al año en 1990-2002 vs 2,1% entre 1950 y 1980 (Ocampo, 2004).

Las fallas de la primera generación de reformas las tornaron muy impopulares en la región (ver Lora *et al*, 2004, y Forteza y Tommasi, 2005). Mientras que los economistas pertenecientes al *mainstream* teórico llamaron a implementar una segunda generación de reformas que estaban destinadas, supuestamente, a lidiar con los efectos sociales indeseables que habían resultado de las primeras reformas y a construir mejores marcos institucionales en los países de América Latina, otros economistas apuntaron hacía otros problemas más básicos del enfoque del Consenso de Washington.

En particular, como señala Ocampo (2004), además de una concepción demasiado estrecha del objetivo de estabilidad macroeconómica y de la falta de un correcto entendimiento de las relaciones entre las políticas sociales y las políticas económicas, las reformas subestimaron la necesidad de adoptar intervenciones de política en el área productiva con el objetivo de promover la inversión, el crecimiento de la productividad y el desarrollo tecnológico.

Si bien el resurgimiento de las ideas más ortodoxas en el área del desarrollo económico ya ha concluido también (al menos en su versión identificada popularmente con el concepto de Consenso de Washington), no ha surgido de manera clara un nuevo paradigma para su reemplazo. Esto no ha impedido que la región

crezca a buen ritmo en la última década, gracias a una combinación de políticas macroeconómicas más sustentables en varios países, junto con las ventajas derivadas del boom de precios de los *commodities*, que ha beneficiado particularmente a los países sudamericanos.

En este escenario, surgen diversos desafíos para América Latina, de los cuales mencionaremos los tres que creemos más relevantes. El primero es preservar un sendero de crecimiento sostenido, en un escenario complejo, caracterizado por el temor ante el posible surgimiento de «enfermedades holandesas» en varios países de la región, la emergencia de China como potencia económica global (lo cual genera tanto oportunidades como amenazas) y el recrudecimiento de la crisis global. El segundo es consolidar las mejoras observadas en las áreas de pobreza y desigualdad, considerando que los problemas en dichas áreas son aún de enorme magnitud y se constituyen no sólo en una rémora inaceptable desde el punto de vista social, sino en un obstáculo al propio objetivo del crecimiento. El tercero es conciliar el progreso económico y social con la sustentabilidad ambiental, área en la que se ciernen además las amenazas del cambio climático, las cuales podrían afectar severamente a la región.

La integración y la cooperación a nivel latinoamericano son herramientas fundamentales para enfrentar estos desafíos. En este sentido, ámbitos como la Secretaría General Iberoamericana (SEGIB), liderada por Enrique Iglesias desde el 1º de octubre de 2005 (ver el capítulo 9 de este libro para un análisis de este tema), ofrecen un espacio clave para generar diálogos y alcanzar consensos en torno a éstas y otras problemáticas clave.

Los desafíos actuales de América Latina encuentran en Enrique V. Iglesias a uno de los constructores más lúcidos de pensamientos fermentales y de posturas éticas, poniendo siempre a las personas en el centro de la escena, a los excluidos de los beneficios del desarrollo, a los jóvenes, a los pueblos nativos, a los creadores de cultura, a los actores menos visibles de la sociedad civil. Sus esfuerzos por revalorizar la política, por reforzar la múltiple identidad cultural de los pueblos iberoamericanos y por hacer de la educación un instrumento de cambio, han acompañado toda su trayectoria al frente de las instituciones que le tocó gobernar y desde donde impulsó, simultáneamente, las reformas necesarias para combatir la pobreza, la exclusión y la desigualdad, promover el desarrollo sustentable y lograr el entendimiento entre todos los actores del desarrollo.

La búsqueda de consensos y el optimismo histórico, han sido dos rasgos distintivos constantes en la personalidad de Enrique V. Iglesias. Tal vez, esta confianza proclamada de que las personas pueden construir un futuro mejor para sí y para sus comunidades, haya nacido allá lejos, en el asturiano poblado de Arancedo, donde nació en condiciones difíciles que llevaron a su familia a emigrar a Uru-

guay. Acaso esta predisposición de su ánimo para encontrar soluciones aun en los momentos más adversos, se haya fortalecido trabajando desde pequeño detrás del mostrador del almacén que sus padres lograron instalar en el barrio Reducto de Montevideo, conjugando la comprensión de la labor cotidiana, con el estudio y la vocación por comprender las leyes económicas que rigen al mundo.

En todo caso, la trayectoria de Enrique V. Iglesias que este libro intenta reconstruir al menos parcialmente, es un ejemplo vital de confianza en el futuro, de perseverancia en la búsqueda de los mejores caminos, de buen ánimo, de conducta ética y de pensamiento creativo. Su manera de hacer las cosas y su impronta nos seguirán acompañando en la construcción de un futuro que, como hemos aprendido, se construye de forma colectiva y con trabajadores incansables como él, que comparte generosamente su visión, capacidades y redes con quienes lo rodean.

BIBLIOGRAFÍA

Balassa, B. (1971). The Structure of Protection in Developing Countries. Baltimore: Johns Hopkins University Press.

Balassa, B. and Associates (1982). Development Strategies in Semi-industrial Economies. Baltimore: Johns Hopkins University Press.

Chenery, H., M. Ahluwalia, C. Bell, J. Duloy, and R. Jolly (1974). Redistribution with Growth. Oxford: Oxford University Press.

Easterly, W. (2001). The Elusive Quest for Growth. Economists' Adventures and Misadventures in the Tropics. Massachusetts: MIT Press.

Fanelli, J. M. and G. McMahon, eds. (2006). *Understanding Market Reforms*, Chapter 1, Vol. 2. Nueva York: Palgrave-Macmillan.

Forteza, A. and M. Tommasi. (2005). Understanding Reform in Latin America, working paper no. 2205, Departamento de Economía, UDELAR.

Fishlow, A. (1972). Brazilian Size Distribution of Income, American Economic Review, Vol. 62, nº. 2, pp. 391–402.

García D'Acuña, E. (1982). Pasado y Futuro de la Planificación en América

Latina, Pensamiento Iberoamericano, nº 2, julio-diciembre, pp. 15-45.

Hirschman, A. (1958). The Strategy of Economic Development. New Haven: Yale University Press.

— (1968). The Political Economy of Import-Substituting Industrialization in Latin America, Quarterly Journal of Economics, Vol. 82, nº. 1, pp. 1–32.

— (1981). The Rise and Decline of Development Economics in Essays in Trespassing. Economics to Politics and beyond. Cambridge: Cambridge University Press.

Krueger, A. (1990). Government Failures in Development, Journal of Economic Pers-

pectives, Vol. 4, nº 3, pp. 9–23.

Lewis, P. (1993). La Crisis del Capitalismo Argentino. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Little, I., T. Scitovsky, y M. Scott (1970). Industry and Trade in Some Developing Countries. London: Oxford University Press.

Loayza, N., P. Fajnzylber, y C. Calderón (2005). Economic Growth in Latin America and the Caribbean. Stylized Facts, Explanations and Forecasts. Washington, DC: The World Bank.

Lora, E., U. Panizza, y M. Quispe-Agnoli. (2004). Reform Fatigue: Symptoms, Reasons and Implications, Economic Review, Vol. 89, nº. 2, pp. 1–28.

Morley, S. (2000). The Effects of Growth and Economic Reform on Income Distribution in Latin America, ECLAC Review, nº. 71, pp. 23–40, Santiago de Chile.

Myrdal, G. (1972). The Challenge of World Poverty. London: Penguin.

Naim, M. (1994). Latin America: The Second Stage of Reform, Journal of Democracy, Vol. 5, nº 4, pp. 33–48.

Ocampo, J. A. (2004). Beyond the Washington Consensus: What Do We Mean? Journal of Post Keynesian Economics, Vol. 27, nº. 2, pp. 293–314.

Oman, C. P. y G. Wignaraja. (1991). The Postwar Evolution of Development Thinking. London: OECD Development Centre/Macmillan.

Prebisch, R. (1950). Crecimiento, Desequilibrio y Disparidades: Interpretación del Proceso de Desarrollo, Estudio Económico de América Latina 1949. Nueva York: Naciones Unidas.

Rosenstein-Rodan, P. (1943). Problems of Industrialization of Eastern and South-Eastern Europe, Economic Journal, Vol. 53, pp. 202–211.

Seers, D. (1969). The Meaning of Development, XI World Conference of the Society for Internacional Development, Nueva Delhi.

Sen, A. (1983). Development. Which Way Now? Economic Journal, Vol. 93, nº 372, pp. 745–762.

Sin autor. Enrique V. Iglesias, Secretario General Iberoamericano. Recuperado el 23 de febrero de 2012 de http://segib.org/secretario-es/.

Singer, H. (1997). Editorial: The Golden Age of the Keynesian Consensus—The Pendulum Swings Back, World Development, Vol. 25. nº 3, pp. 293–295.

Stallings, B. and W. Peres. (2000). Crecimiento, Empleo y Equidad. El Impacto de las Reformas Económicas en América Latina y el Caribe. Santiago de Chile: ECLAC.

Streeten, P., S. J. Burki, M. ul Haq, N. Hicks, and F. Stewart (1981). First Things First: Meeting Basic Human Needs in the Developing Countries. Nueva York: Oxford University Press.

Williamson, J. (1990). Latin American Adjustment. How Much Has Happened? Washington, DC: Institute for International Economics.

— (1997) The Washington Consensus Revisited. En Economic and Social Development into the XXI Century. L. Emmerij (ed.), pp. 48-61. Washington, DC: Banco Interamericano de Desarrollo.

World Bank. (2000). World Development Report 2000/2001 Attacking Poverty. Washington, DC: Oxford University Press.